



Un día en la vida de GARCIA-LOMAS

8,00.—Levantarse de la cama al son de la dulzaina y el tamboril, porque el señor alcalde de Madrid vive en un San Isidro permanente y tiene en la alcoba un chulo castizo y madrileño que le toca «Madrid-Madrid-Madrid» con el codo, en el organillo electrónico.

9,00.—Pedir que le cepillen el ante del coche forrado de ante para personarse en el despacho a no leer las crónicas municipales de las víboras de la prensa canallesca, que no hacen más que meterse con uno, y todo porque uno es alcalde y se lo ha ganado a pulso y a dedo, sin necesidad de recurrir al contubernio democrático de las urnas trucadas y el voto comprado y caciquil.

11,00.—Salir a presidir el hundimiento de una casa de renta antigua, el atropello de una vieja en un paso de cebrá, e inaugurar un embotellamiento en los boulevares, siempre con el puro en la boca y la simpatía castiza de rigor.

2,30.—Presidir un almuerzo con garbanzos de oro, cocidito madrileño, amigos de la capa y la espada, en honor de don Agustín Lara o cualquier otro muerto amigo de España en general, de Madrid en particular y de don Pedro Chicote en la intimidad.

5,00.—Seguir inaugurando como un hombre. Presidir la voladura de un mercado de valor arquitectónico, el revoco cursi de una fachada religiosa de valor histórico e intocable y más cosas carolinas que hay que hacer polvo.

7,00.—Vino español en la Casa de la Villa para firmar los planos de una torre municipal de muchos pisos, desde cuya azotea se pondrán las multas por telescopio, radar y señorita-guardia teledirigida.

11,00.—Acostarse temprano por si hay que madrugar para cargarse el Viaducto, que es otra tontería.

